

Eje Temático: Filosofía de la Enseñanza

LA TURBACIÓN

Autor: Simona, Gustavo

Docente de Teoría General del Derecho – Cátedra: E. Russo, UBA. Correo:

gustavsimon@gmail.com

Hay cosas a las que el estudio de la sintaxis ha denominado complementos. Se trata de analizar uno de ellos, porque la corrección sintáctica, aún cuando irreprochable, puede no convenir a la vida. Iniciaremos una impugnación para quedar frente a dos términos. Como definirlos desbordaría los cánones dispuestos para este texto, los contraeremos. Una definición contraída, para vencer la inocuidad, deberá estremecer. Si no lo hace, probablemente ya no haya tiempo para más y el error tendrá su fianza.

En “filosofía de la enseñanza”, *enseñanza* opera como complemento preposicional del nombre, así como ocurre en “libro de química” o “pata de pollo”. Se dice que el complemento completa o perfecciona al sustantivo; mejora, digamos, su identificación. Bajo esta regla “enseñanza” completaría la voz “filosofía” y permitiría ubicarnos tan velozmente en situación como “de química” lo hace con “libro”.

El sustantivo filosofía vive hoy una vida de complementos. Aquel que nos convoca, “filosofía de la ciencia”, “filosofía del derecho”, “filosofía del lenguaje”. Los conocimientos proliferan y su inmensa telaraña requiere divisiones y disciplinamientos. O el objeto se escapa, se vuelve inabarcable e inasible. La autonomía de un sustantivo desaparece por la extensión de las formas del saber. Éstas, en el límite del conocimiento de sí mismas, recurrirán a la filosofía para llenar lagunas o implicar fundamentos. Habrá una filosofía para cada modo del complemento. Como diría Giorgio Colli, aquella que alguna vez parió varios hijos hoy es la hija de las disciplinas¹. Enseñamos, hasta que en algún momento preguntamos por el por qué de nuestro enseñar. La filosofía es la muleta de nuestros desconciertos disciplinarios. Sola, sin complementos, ya no se sabe a que alude. Sola, sin complementos, es otra de nuestras divisiones. Sola, sin complementos, es la expresión de una opinión existencial, generalizada, sin bordes, disponible cual bien de consumo y así, también, desechable. Sola, sin complementos, la filosofía ya no es.

Sin embargo, con bajísimos registros pero aún audibles, los ecos de un sustantivo no complementado todavía persisten en secreto. Y las voces de estos ecos

¹ En *Después de Nietzsche*, ed. Anagrama, Barcelona, 2000, pág. 67.

permite a la escucha volver a lanzarlas. Hacia una pared incierta, hacia un rebote futuro. La urgencia cada vez mayor de muletas rechaza el mero desvarío. Pero, en definitiva, no los merece quien disculpa sus pensamientos.

¿Qué es la filosofía? ¿Qué es la enseñanza? Se dijo: no podemos, sin traicionar la extensión pactada, comprometernos más que a un estremecimiento. Responderemos así a la primera y, bajo su influjo, miraremos de frente a la segunda.

¿Qué es la filosofía? Ensayo de respuesta (de estremecimiento) en la recordación de una anécdota: Asistía Diógenes a los funerales de un cierto filósofo. Quien oficiaba la escena prodigaba elogios sobre la grandeza del pensador difunto, a lo que Diógenes preguntó: “¿Qué puede tener de grande aquél que, en tanto tiempo que profesó la filosofía, a nadie *turbó*?”²

Sin lugar para expresar lo que la filosofía es, no puede dejar de anotarse su deber de turbar. O no lo será. O faltará la grandeza en el filósofo. Una filosofía incapaz de entristecer no pasa de una justificación. Precisamente, la justificación de un complemento. Pero si el filósofo para ser tal debe turbar, ¿cuál será el destino de aquellos “perfeccionadores” del sustantivo original?

Supongamos ahora nuestro engendro. Después de todo, la época es difícil de evitar. “Filosofía de la enseñanza”, ¿de que trata esta proposición si su primer término debe, para ser, ocurrir bajo la forma, más o menos elaborada, de una turbación? ¿La enseñanza debe turbar? El deseo de enseñar debe ser el deseo de producir en el enseñado un aturdimiento. Ahora bien, ¿qué enseña la turbación?

Un filósofo (leamos, para sostener los correlatos, un docente) que a nadie ha turbado no por eso ha dejado de enseñar. Pero se precisa una distinción terminológica para luego poder trasladar éste último verbo a una nueva posición³. El docente que no turba al alumno sólo lo entrena. Sin turbación no hay enseñanza, sólo la inculcación de un dispositivo de respuesta. El docente que no turba no enseña, sólo replica su avatar social en otro. Transmite una orden que le fue transmitida. Produce un operario. En cuanto a enseñar, se trata de indicar la huella del sí mismo. Y sólo ocurre esta alusión por la vía de la turbación. Pues el sí mismo es radicalmente distinto a cualquier entrenamiento; por lo tanto, para su conocimiento, se requiere turbar lo entrenado. ¿Cómo puede el docente que nunca fue turbado o que nunca respondió a la turbación enseñar? No debería hacerlo. O, bajo la precisión de nuevos

² Cf. el relato de Nietzsche en “Schopenhauer como educador”, ed. Valdemar, Madrid, 1999, pág. 132. La versión de E. M. Cioran reemplaza “turbó” por “entristeció” (en *Breviario de podredumbre*, ed. Suma de Letras, 2001, pág. 140). En orden al objetivo de estremecer la variación pudiera ser mínima.

³ Las más nuevas posiciones serán las más viejas. He aquí el misterio siempre persistente de la novedad.

términos, debería ser un entrenador ajeno a las trascendencias del pensar. De lo contrario, terminaremos actuando como si pensar fuera la recta decisión de un colectivo a tomar o de un tipo de alimento a preferir. Tal vez esté ocurriendo ya. ¿Qué puede haber más importante?

Los hombres de hoy no quieren ser turbados, quieren ser respondidos. En la alusión al sí mismo tienen demasiado que perder, demasiado que enfrentar. Este miedo no se entrena ni se enseña, se transpira. Y el entrenamiento es la actividad que disimula la transpiración. No sabemos aquí como vencer en plazos históricos al miedo. Por lo tanto, no queremos que a los hombres del hoy se los deje de entrenar, la ansiedad masificada de pertenecer a los formatos parece hasta estimarlo conveniente. Queremos un movimiento mínimo, pues no buscamos un eco en la pared vecina sino en aquella que palpita en la predicción del geólogo. Pared eterna, en verdad; tan intempestiva como la posibilidad del hábito de contemplar. Queremos una distinción de estirpes.

Si nuestra trama sostiene sus puntos, es preciso afirmar que los habrá quienes educan y los habrá quienes entrenan. Los primeros (no sabemos quiénes son ni qué estadística les da refugio) serán aquellos capaces de turbar. Los segundos tendrán a su cargo la replicación. Pero es fundamental añadir que nada más. Políticas y "filosofías" les serán ajenas, pues de lo contrario Diógenes, en el enésimo funeral, volverá a hacer su impiadosa pregunta. Salud de la distinción: quien enseña y quien entrena no pueden compartir la mesa de la "filosofía", pues no se comunicarán. Compartirán léxicos llenos de extrañeza y ocurrirá nuevamente ese máximo peligro en el que hace tiempo nos hallamos envueltos. Ese peligro donde la turbación es renovadamente vencida por las maravillas constantes de un botón que prende y un botón que apaga, de un destornillador que, o ajusta tuercas, o da paso a la levedad de la extravagancia. Renovada derrota de la turbación que ha dado muerte a la filosofía.

Es cierto que existen plantas y palanganas. Pero sin la atención de la distinción, la diferencia puede ser borrada. Quien enseña y quien entrena se distinguen fisiológicamente (vg. los primeros sólo van de a pocos, los segundos sólo van de muchos; los primeros se espiralan, los segundos anhelan toda recta, etc.). Nada hay que reformar; sólo cabe apurar la copa en cada circunstancia. Luego, la nueva montaña se hallará disponible para un eco de los sentidos.